

La Caja de Pandora

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

La Caja de Pandora (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Marco Antonio Saporetti fue sumado en esa exposición que tendía a empequeñecerlo. Por la pantalla hablaba en su contra quien querría redimirse de su inteligencia limitada y gris. Ella disimulaba con sus doloridos gestos que eso no era una torpe manipulación. ¿Qué sentido tenía sacar trapos sucios al sol? ¿Por qué la mujer llegaba a esos extremos? Ella querría desviar al público de las incógnitas que se sucedieron durante los plazos de su avatar político.

El hombre se sintió incriminado, pese a que de todo lo dicho ella fingía tener un conocimiento fantasmal. Eran palabras que fundaban concurrencias, pero no se sabía hacía donde se encaminaban. La mujer dejaba plantados sucios enigmas, aunque no se refería a la esencia de los hechos.

Se despachó acerca de una estafa en general, algo que aparejaría alguna relación con el reciente pasado, y su esfuerzo memorioso estaría estrechamente vinculada a viejas acciones que convenía olvidar. Mencionó a su nombre frente a un público que se enardecía fácilmente, y anunció que sabía de concatenadas actividades. Por supuesto que eso era una mera repetición de la mediocridad con que movía al país, y cuyo nudo, hasta entonces, había sido incomprensibles. En algún momento se vislumbraría la cara oculta de la verdad... Pandora se abocaría a poner sobre la mesa a serios dilemas que desataría de la oscuridad, más allá del daño que podría ocasionarle ese atrevimiento.

Si bien señalaba al político y hacía sugerencias, esa tenebrosa liberación de vocablos marcaba cínicos indicios; apenas expresó que tal vez se encontraría evidencias claras y distintivas si se emprendía una operación de búsqueda directa.

A aquellas tácitas enunciaciones las realizó frente a las cámaras de los más importantes Canales de Noticias. Se ubicaba ahí para testificar algo que habría oído, con un charco de angustia en la mirada. Su anterior visión del mundo había sido hecha añicos, cuando se proyectaba como la esposa de Marco Antonio Saporetti. Decir algo en su contra, era de por sí ya era redundante, pero tenía que hacerlo porque necesitaba respirar. La

desilusión la había impulsado a trasponer las pesadas fronteras.

Había obtenido tristes prerrogativas en aquel período, y ahora se sublevaba con irrefrenables anhelos de justicia, y lo hacía para no ser invadida por las tristezas. De la extrema paradoja del amor había nacido el odio, y el teatro político no permanecería ajeno a eso. Por lo tanto, no se apaciguó, y dejó que brotara su voz sin que se expandiese el caos en su corazón. Pandora había apilado argumentos con los ojos brumosos, sin descubrir los bestiales fraudes al Estado que su ex pareja había hecho, aunque su imprecisión denunciaba a ese trasfondo.

Ella, que siempre estuvo en una posición aislada, y cuya actitud había sido más bien la de una soñadora, ahora se despegaba de su tradicional melancolía para desenrollar una trama impertinente. Habló del bien común de la sociedad en la que no debía subyacer prácticas mentirosas y consuetudinarias. Sostuvo que había sido un error confiar en Saporette, y hasta mencionó a un conjunto de facturaciones heterogéneas que la habían llenado con el asombro que por un lapso atemperó a sus furias.

Al rato se refirió a Marco Antonio como el Sultán: un mercader que en la oscuridad del Reino se apoderó de vastos tesoros. Esa era la temática de una telenovela de moda cuyo personaje era un energúmeno ensoberbecido. Esa persona que ahora se había convertido en un ser extraño, se dejaba llevar por arrebatos que no entraban en la imaginación de alguien decente. De acuerdo al apasionamiento que puso en esa versión, Saporette era el mayor símbolo del anterior (y altamente corrupto) gobierno, y los ensayos que hacía para justificar a lo actuado, eran los pilares de engaños con los que construía a sus viles artificios.

A partir de dudosos aforismos, muecas claras de estupor, y la compasión que puso al tramitar ese hostigamiento, el público alcanzaría a presumir los robos que habría hecho Marco Antonio Saporette. Esos asuntos que nunca fueron abiertamente dichos, no carecerían de identidad.

Ella no pararía hasta ponerle una fecha de defunción al prestigio de su ex pareja. Saporette se había hecho pasar por un político visionario, una estrella vernácula que contaba con un espíritu universal, pero sólo se trataba de un vulgar tramposo.

En su departamento, Saporette farfulló, se dejó ganar por la indecisión, y el color pálido de su tez coincidió con sus atemorizados pensamientos. La estridente impunidad con que el político creía moverse, estaba a punto de sumirse en un espantoso retroceso. Pandora condicionaba no sólo a su felicidad, sino también a su futuro. El apasionado romance que habían sostenido, había desembocado en un irreversible proceso destructivo.

Marco Antonio Saporette y Pandora Giul Labrano se enfrentaban como dos enemigos abismales, lo hacían en cualquier ocasión, pública o privada,

pero no en forma directa, sino efectuando dilucidaciones llenas de perplejidad. No había amabilidad entre ellos, sino esperas agónicas para ver qué tipo de mal el otro se disponía a hacerle. Resultaba increíble que por un corto tiempo habían ido por la vida juntos y triunfantes, con la inmaculada fe a la que se ajustan los enamorados.

Por entonces, Pandora había creído poseer a las clásicas condiciones de la felicidad (o al menos a sus repertorios de símbolos). Aquellos fueron otros soles bajo los cuales no tomaba precauciones al andar. Pero esa etapa se deshizo, y el último sol fue anulado por una tormenta indescifrable.

Ella producía a un interesante material periodístico que se cuadraba en el tema de amantes que habían devenido en mortales enemigos; sus testimonios eran la viva progresión de una telenovela cuyas escenas traían dramas y recelos, y las despiadadas palabras que vertía, creaban otras de consecuencias incalculables. Por supuesto que a Saporette se le habían asignado el papel de malo de la película, y a su ex pareja el de la víctima desechada que tristemente lo había amado hasta perder el juicio. Con esos picantes ingredientes se alcanzaba un excelente rating.

Pandora no estaba dispuesta a utilizar amabilidades con ese hombre sobre el que había edificado ilusiones que creyó inagotable, pero su pretensión se encaminaba a destruirlo y no a matarlo (tal era su odio que su muerte hubiera sido una limitación por la que hubiera tenido que suspender el curso de sus ataques).

Marco Antonio Saparetti pronto se arriesgaría a la singularidad de enviarle un emisario que la llamara a hacer silencio, alguien que a partir de su imperial irrupción le marcaría los términos. Ella no respetaba la separación rigurosísima que había que hacer entre la vida privada y la pública.

Las presentaciones de Pandora Giul Labrano fueron temas de cientos de arrebatados concilios periodísticos. Y no fueron pocos los que salieron en defensa de la mujer, que por haber sido tan absurdamente soñadora cayó en las redes de un hombre sin escrúpulos.

II

Durante casi dos años, para Pandora la riqueza al lado de Saponetti fue mágica; su vida no reflejaba desarmonías. Enhebraba a la belleza en cada uno de sus ángulos, y siempre lucía sensual (lo atribuía a que labraba a su aspecto en el gimnasio y se sujetaba a un estudiado maquillaje). Había reunido siete tarjetas de crédito que habían sido efectivas para darse todos los gustos sin tener que cargar pesados montículos de dinero. Y al verse tan mimada, con sincera vanidad se sentía única. Su belleza y la relación con Marco Antonio la potenciaban extraordinariamente.

Los hechos preexistentes son fáciles de deducir: Saporette se le acercó en una fortuita fiesta, y le prodigó regalos de todo tipo junto a promesas excitantes. Para ella, ese primer encuentro fue un acontecimiento maravilloso, de golpe había hallado al verdadero amor sin que entrara en escena el aburrimiento. Marco Antonio Saporette era un político elegante, rico, y simpático, que dogmatizó que le gustaba ayudar a la gente.

Pero aquello se tornó en una trampa inescrutable... Pandora lo atrajo tanto que el infeliz destrozó las barreras de protección que siempre había erigido alrededor de su intimidad.

Ella creía en la vieja tradición de matrimonios y patriarcados, es más, había entendido que su interés en armar una familia no era unilateral. Ese era un fundamental proyecto de vida cuya gravitación nunca nadie osaría interrumpir. Y supuso que ese hombre dejaría atrás a las frivolidades, o a la genérica debilidad que sentía por las mujeres, para armarlo con ella.

Pandora ansiaba envejecer dentro de un ámbito cálido y seguro; su misión consistía en ser madre.

Ninguno de los dos había sospechado que aquel magnífico cielo de seda de aquel 7 de abril en que se habían conocido, se convertiría en una larga noche en que las estrellas colapsarían. Y esto, a pesar de que es bien conocida aquella fatalidad de que los amores demasiado intensos terminan graduándose en odios.

Extáticos, habían ido a vivir al céntrico dúplex de él. Pero después de que pasaran más de una docena de meses del inicial encantamiento, Marco Antonio sintió que esa convivencia se había convertido en algo irrazonable, y comenzó a tejer desaprensivos manejos. Pandora había dejado de fascinarlo, y el hombre observaba a las múltiples rutas del mundo, con nostalgias por su perdida libertad.

Pronto, las palabras que se dirigieron (que antes habían sido amables o moduladas con mucha prudencia) comenzaron a contener agriadas controversias. Surgieron regaños en forma diaria, y problemas que teatralizaron con mucha pasión. No tardaron en suprimir al mutuo respeto que habían tenido para hundirse en irredimibles humillaciones.

Pandora realizaba permanentes exámenes para ver en que había fallado. No podía admitir que un amor tan fuerte se denigrase de esa manera. Por razones que al principio le parecieron inciertas, su mundo afectivo se había deformado. Tal vez había tenido una falsa impresión de Marco Antonio, un error que se convirtió en algo lúgubre.

En varias ocasiones ella le había preguntado si estaba listo para encargar un bebé. Ante eso, Marco Antonio mostraba una disposición anárquica; entendía que había que dejarlo para otra época en la que no estuviera tan constreñido. ¿Cómo pudo rechazar esa posibilidad, teniendo en cuenta

que todos los hombres son mortales, y un hijo era el desafío más tradicional que se le hacía a la muerte?

Pandora empezó a exigirle más y más dinero, ya que entendía con rabia que quién no quería formar una familia ni tener hijos, sólo era digno de tener cómo compañera a una prostituta de lujo.

Por entonces ella había conocido al hombre que tenía como única razón de ser el convalidar a las posiciones de Saporetti; eso ocurrió durante una reunión de sociedad que no se sobrepasó de lo formal e inequívoco. Se llamaba Sinclair Orfebrero, y más que un simple empleado, era alguien para quién la voluntad de su jefe era el motor de su vida. Pandora sabía que se trataba de uno de sus secretarios, tenía despacho en el Congreso, y era gay.

Y sería éste a quién algún tiempo después, Marco Antonio mandaría a subordinarla, con la meta de que enterrara a sus balbuceos en un sótano, a que matase a su audacia que en su mayor parte era confusión.

La irrupción de ese empleado sería decisiva para terminar con la barbarie que esa ex amante constantemente lo amenazaba. Sinclair haría lo que quería Marco Antonio, y si tenía que jugar sucio no tendría objeción en hacerlo.

Por los espionajes que había hecho Sinclair Orfebrero, Marco Antonio conocía a cada uno de los santuarios urbanos a los que acudía Pandora. Su secretario la seguía sin dejarse ver, y con infatigable ductilidad se hacía pasar por un linyera o por la proverbial mosca que se pega a la pared.

III

Cansado de la hegemonía que Pandora pretendía tener sobre su vida, y considerando como demenciales a sus celos, Saporetti ostentó nuevas amantes. Era un hombre libre que tenía la clarividencia y los recursos económicos para hacer lo que quisiera, y la más natural de sus insurrecciones era salir con muchas mujeres.

Y fue muy conocido lo que pasó en aquel septiembre, después de un viaje que hizo a Francia (algo que a muchos tomó de improviso). Los programas de chimentos no dieron abasto en mostrar imágenes suyas y de la modelo Silvina Le Clerq tomados de la mano. Esa imagen había hecho que corriera mucha tinta por los medios gráficos; los periodistas se preguntaron con irónica alarma si Marco Antonio Saporetti no había recaído en sus anteriores etapas donjuanescas.

A la ira con que casi reventaron los pulmones de Pandora Giul Labrano, no es posible redactarla en estas páginas. Le gritó que no había dejado nada

sagrado sin profanar. Una mujer desdeñada no tenía por qué justificarse, y Marco Antonio había desgastado a cualquier alternativa pacífica. Pandora se aferró a la idea de tomar revancha, y no se quedó quieta. Coincidiendo con lo que sucedía en cualquier telenovela, Pandora consideraba aceptable que los personajes del sexo débil no se extralimitaran en la lisa y llana destrucción del grosero varón, si éste las había hecho sufrir.

Pandora sabía de las ansiedades que promovía su cuerpo (en donde residía su verdadero poder), y con furor proclamó que ya no tolerará a las mentiras, ni soportará más a los cobardes. Había pasado a estar en contra de lo ilusorio que una vez le ofreció Saporetti, negándole el respeto con que antes había embotado a cada uno de sus suspiros. Quería convertirlo en un pobre tipo al que le costaría enormemente hacerse el dicharachero. Y no mantuvo una exangüe continuación de su historia en común, sino que rentó un departamento en el mismo barrio.

Seguidamente, pugnó por encontrar a un amante adecuado con la finalidad de causarle el mayor daño posible a su ex. Erigiría a uno que tuviera las propiedades que al otro le faltaban. Mientras tanto efectuó indiscretas conferencias con los multiplicados detractores de ese personaje del Poder: sus enemigos políticos. A estos les reportó los vastos negociados que no eran un invento. Marco Antonio debía sentir miedo ante el más mínimo de sus murmullos, ya que estaba dispuesta a abrir los hediondos bolsos que habían sido transportados en secreto.

No tardó en hallar al sucesor, cuya función más contumaz fue la de escuchar repetidamente la rotunda decepción que ella había experimentado con Marco Antonio. Ese hombre mantenía un cordial conformismo, y juiciosamente proponía que Saporetti era un estúpido. Y si bien ponía su mejor cara al escucharla, puertas adentro no le importaba demasiado lo que le decía.

Pandora había buscado alguien de alta alcurnia que reemplazara a Saporetti, y lo encontró en ese muy atinado sujeto que se llamaba Atilio Parra. Este, que tenía grandes riquezas, la conquistó refiriéndole cuales eran sus remanentes codicias. Atilio se trató de una persona muy gentil con la que Pandora Guil Labrano compartió fiestas y momentáneas especulaciones.

IV

"La mujer entregó muchas libertades al hombre, a quién creó durante un relampagueo de su vientre, y le inculcó la suficiente tenacidad para que se pare por sí solo", le explicó Pandora a Sinclair Orfabrero.

Este, siguiendo una compleja encomienda, había llegado al bar a donde ella solía ir, con el propósito de proponerle algo que al principio no fue

literal pero que el lector avieso seguramente ya se imaginara de que se trata. Arriba, el cielo estaba sembrado con nubes naranjas, ya que, a esa hora, ese era el colorido reflejo que el sol gustaba imponer sobre las batidas acumulaciones de nieblas.

Ese hombre que se movía con cautela, apretaba sobre su pecho a un portafolio cuyo contenido era de indefinida extracción.

Había llegado hasta ese lugar con un ofrecimiento razonable, y primariamente le aclaró que sus puntos de vista no pecarían de insuficientes; había que dejar atrás los puentes inseguros por los que habían caminado.

Marco Antonio Saporetto lo había instruido para que impusiera argumentos duros sobre esa mujer con el fin de trazar una línea sobre sus deléznas habladurías, pero Sinclair se desentendió de lo que le había ordenado su jefe, y habló con ella de igual a igual.

La contuvo, al principio, con formulaciones corrientes, y luego se horrorizó por lo que había padecido una mujer tan decidida y pasional.

- "No me tomare el trabajo de relatarle la irremediable condena que aparece el engañar a una mujer", sostuvo Pandora.

Sinclair había asumido el papel de interlocutor con mucha destreza, y exhibió pavor por lo monstruoso que solían ser los hombres que según las circunstancias pasaban de ser animales carnívoros a carroñeros. Frente a Pandora, se convirtió en el portador de la razón que rechazaba la primacía de la bestialidad, y al pedirle que lo ilustrara acerca de su situación, aceptó a lo que dijo sin contradecirla.

Desde el primer momento se llevaron bien, y no rehusaron tocarse distraídamente las yemas de los dedos; se habían autorizado a ser envueltos por las razones del otro, sin introducirse en cuestiones superficiales o falsas. Para distenderla, Sinclair rio y le contó un jugoso chimento del Congreso. Había fijado que la conversación transcurriera lejos de cualquier crueldad, y compartió algunas de sus vivencias menores.

- "He notado mucha confusión y vaguedad en mi jefe, pero no hay necesidad de retener recuerdos turbios, ni torcer los que podrían ser amaneceres prominentes", Sinclair le confesó.

Él se había apersonado en ese lugar para salvar a Saporetto de su actuación torpe y vergonzante, y consolidar un compromiso que antes que nada sería moral.

Le hizo esta aclaración:

- "De ninguna forma debes interpretar en forma errónea a las intenciones de Marco Antonio, él sólo que quiere mantener intacto al hermoso mundo en el que de continuo se ha movido, y está dispuesto a ofrecerte un generoso acuerdo".

Pandora escuchó a lo que Sinclair le decía, y pensó que al fin había encontrado a un hombre honorable, uno que con todas las letras certificaba a la verdad y no la colocaba a ella en un segundo plano. En ese bar habían alcanzado un agradable clima mientras aspiraban al delicioso aroma que surgía del humo de los pocillos de café.

Lo que seguiría será hecho por abogados que no dejarían nada librado al azar.

El módulo de la propuesta que hizo ese empleado administrativo a Pandora Guil Labrano, fue que su jefe estaba dispuesto a entregarle un elevado monto para que nunca más tuviera el perjuicio de trabajar. Ese "patán" había entendido por fin que no podía tirar impunemente a una mujer al lodo, sino que su provecho era reconocer lo mucho que lo había ayudado.

A partir de la firma de un ese compromiso legal, Pandora viviría en la abundancia. Era cuestión de amistarse, y de que no reinaran las tontas traiciones entre los que se habían amado tanto.

Y la joven no pudo evitar exhalar un suspiro cuándo Sinclair Orfabrero sacó de su portafolio a un ramo de rosas blancas, que denominó:

- "La pálida ofrenda de paz de parte de Marco Antonio Saporetti para hacer cesar tu justificado disgusto".

Al rato, decidieron que ya se había hecho de noche y se despidieron con un experimental beso en la mejilla. Se comprometieron a reflexionar en lo conversado y volver a verse, pero ambos supieron que a partir de ese minuto el arreglo se había puesto en marcha.

Varias tardes precedieron a las noches, y después de una semana los abogados de Marco Antonio Saporetti (Marcelo Barcas Eloy, reconocido jurista y miembro preeminente del estudio "Martínez, Barcas Eloy y Pernía") y de Pandora (Nancy Sabasklein), les instaron a firmar el acuerdo que les ofrecía inestimables posibilidades. En verdad, nadie tuvo que disuadirlos ya que los dos entendieron que había que poner un punto final a sus conflictos. Ese documento les predicaba vivir en paz, nunca más enfrentarse públicamente, y como en su oportunidad Sinclair

Orfabrero adujo: "Apagar los fuegos antes de que se hicieran indómitos".

Cada uno firmó como quien cumplía con un irremisible deber. Y al otro día Pandora abrió la puerta de su casa a la prensa para expresar (con la conciencia destrozada) que aquello que había dicho en contra de su ex pareja no tuvo asidero en la realidad.

- "Mis acusaciones fueron las terribles ponderaciones de los celos que me acosaban", les dijo a los periodistas que la miraron extrañados.

Alrededor de uno de sus párpados asomó una gota que se asemejaba bastante a una pequeña lágrima; había sido una tonta que no fue capaz de admitir que el amor entre ambos se había apagado. Y agregó:

- "Marco Antonio Saporetti es un político de sorprendente mérito, que está ganando cada vez mayor importancia a nivel nacional, y cuya visión integral de la política es el diálogo, ya que prefiere pecar de ingenuo antes de actuar en forma arrogante.

Cansados de esa opereta, los periodistas desistieron de hacerle más preguntas, y después de algunos días, las raras alabanzas de la mujer dejaron de llamar la atención de la audiencia, y las noticias rotaron hacia otras direcciones.

Felizmente separados, y cómo en un moderno cuento de amor, Marco Antonio y Pandora se guardaron oficiales respetos, o al menos pusieron potentes frenos en sus lenguas cuando se hablaba del otro. En la aparente inmediatez habían dejado de odiarse, y el silencio se transformó en la constancia de que un fino hilo de amor había subsistido pese a todo.

IV

A pesar de haber cumplido con todas las cláusulas de ese compromiso legal, Pandora Giul Labraña mantuvo los puños cerrados. El arreglo económico obtenido no consiguió que su odio se evanesciera, y sólo la forzó a discurrir un procedimiento vengativo que se extraviara de la vista de los devotos a los escándalos y chismes.

Caminó por calles vacías de curiosos, donde le pareció que los pavimentos grises estaban coloreados con púrpura. Desde el nacimiento hasta la puesta del sol de ese día del mes de marzo, Pandora puso en marcha a su plan como un intento solapado de denigrar al hombre que tanto la había dañado. Se trataba de una venganza de simple metodología, que llenaría el vacío que había en su interior.

Por cierto, no se contuvo de respirar aliviada cuando se deshizo de Atilio Parra, hombre al que no profesaba amor ni había servido para despertar celos en Marco Antonio. Lo hizo con una sencilla frase que contenía una

orden terminal, sin que hubiera insultos o alguna indeseable provocación de por medio. Con serenidad, saliendo de la cocina después de sacar algo de la heladera (él caminaba de aquí para allá, y evitaba disentir), Pandora le confesó a la par de observar a las cutículas de sus uñas, que ya no lo amaba.

Al despedirlo, Pandora temió que esa ligera ofuscación hubiera corrido un poco a su maquillaje, por lo que enseguida se enfrentó a un espejo para comprobar que seguía luciendo bella.

Ya libre, se dictó a sí misma la forma en que progresaría su afán resolutivo. En esa tarde en el que aún estaba impreso en el cielo un sol que distaba de ser centellante, Pandora enfiló con la sonrisa alzada en sus labios hacia el gimnasio al que habituaba ir. Ahí, matizó sus movimientos con las danzas que proponía Ariel Carlos, un profesor de baile, negro, y del Caribe.

Este le hizo una propicia distinción, y al final de la clase se le acercó para hablarle al oído; Ariel Carlos era un seductor talentoso, y a ella le hacía gracia los gestos con que estrujaba a su rostro. No se escuchó lo que le dijo... probablemente le corrigió algunas posturas para que su cuerpo adquiriera mayor flexibilidad durante la próxima sesión de ritmos. Con sus conocimientos perfeccionaba a su maleable alumna.

En ese día, la noche llegó como una decisión algo apresurada. Y Ariel Carlos se interesó en retenerla a su lado hasta que los densos minutos de ese encuentro se desvanecieran en el aire; pronto se alejaron siguiendo un rumbo en apariencia caprichoso. Recién después de haber consensuado en ese esquema que a ambos les pareció maravilloso, se alabaron mutuamente y se despidieron como buenos amigos.

Así, Pandora gestó a un hijo al que le puso de nombre Marco Antonio, que también había sido el de un importante personaje de la Roma antigua, y se convirtió en una madre feliz sin tener que soportar más a la maldiciente presencia de un hombre.

Fin (20-2-2018).